

LA TERTULIA DE RAIMUNDO CABRERA.

Por Roberto H. Todd.

Entre los recuerdos gratos de mi vida en Nueva York durante el trienio de la gloriosa revolución cubana de 1895 a 1898, el que más se singulariza es el de la tertulia diaria en casa del doctor Raimundo Cabrera, en Irving Place. Cabrera había sido una figura de relieve en la Habana. Jurisconsulto distinguido con bufete bien acreditado, su clientela era numerosa y es fama de que se remuneraba bien por sus servicios. Fué miembro de la Junta Central del Partido Autonomista cubano y era, además, un distinguido escritor y su obra "Cuba y sus Jueces", fué la que mejor presentó al desnudo la situación cubana bajo el régimen español.

Cuando Raimundo Cabrera llegó a Nueva York, traía una carta de presentación del doctor Betances para el doctor J. J. Henna, en la que Betances decía a su paisano y amigo, quién era Cabrera y hasta dónde podía contar con él. Era una carta de amplia recomendación. Para los que me lean y no sepan quién era el doctor Henna, diré que había nacido en Ponce y a los diez y nueve años, en 1868, había sufrido prisión militar en el Cuartel de la Fuerza, en Ponce, con sus amigos ponceños, Enrique Cabrera y Manuel Alfonso, por suponerseles filibusteros. El Decreto de Amnistía expedido en Madrid al triunfar la Revolución de setiembre de 1868, libró a estos tres jóvenes de ser fusilados o de ir a cumplir condena a Ceuta, Chafarinas u otra prisión española. El joven Henna salió de la isla y juró no volver mientras ondease en sus castillos la bandera española, y cumplió la promesa.

La carta de Betances hizo nacer una estrecha amistad entre Henna y Cabrera, y yo conocí a éste por presentación de Henna.

Cabrera se había visto obligado a abandonar la isla de Cuba, por la situación difícil que se hacía continuar residiendo allí después de iniciada la revolución de Baire, y se trasladó con su familia a la ciudad de Nueva York y vivía en una amplia casa de varios pisos, en uno de los cuales había destinado un espacioso salón para recibir a sus numerosos amigos y paisanos, emigrados como él, que de día en día iban siendo más y más, según arreciaba la revolución y las intransigencias del gobierno, español de Cuba.

Todas las tardes, a las tres en

punto, empezaban a venir a la reunión los más prominentes cubanos de la emigración. Venían, según les oí decir a ellos mismos: "a mirarse las caras, a ver si había llegado algún otro emigrado y, luego, a oír y a comentar las últimas noticias de la guerra y de la patria." La Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano, del cual Henna era Pdte. y yo el Secretario, tenía un periódico titulado "Borinquen", y Cabrera se había hecho cargo de escribir el editorial, así como también su primogénito, el entonces joven abogado Ramiro,

digno sucesor después de las glorias de su padre, se encargó de escribir una sección de carácter social. Con ese motivo se estableció entre la familia de Cabrera y el que esto narra una buena amistad, y no sólo asistía yo casi todas las tardes a las sesiones de los emigrados, sino que en muchas ocasiones me honré sentándome a la mesa de Cabrera a partir y comer el pan con su familia, así como el clásico frijol negro que tanto se consume en Cuba, Venezuela y Méjico y que, aunque parezca mentira, es plato desconocido en Puerto Rico.

La tertulia de Cabrera se componía de lo más selecto de la emigración en aquellos días y, fuera de la de París, no creo que existiera ninguna otra emigración cubana que igualara a la de Nueva York. Véanse los nombres de los más destacados que concurrían a la tertulia de Cabrera: Enrique José Varona, Manuel Sanguily, José Antonio González Lanuza, Nicolás Heredia, Isaac Carrillo, Dr. Eusebio Hernández, Francisco García Cisneros, Lincoln de Zayas, Dr. Diego Tamayo, y otros cuyos nombres se han borrado de mi memoria. Esas reuniones eran a manera de oasis para aquellos cubanos que se encontraban lejos de la patria, en suelo extraño, en clima hostil para aquellos que no podían resistir las crudezas de un frío invierno, y que, además, padecían estrecheces económicas que no habían conocido nunca en su tierra. Las noticias de la revolución eran las que aparecían en los periódicos diarios, y las que recibía la Delegación cubana, en 81 New Street, que don Tomás Estrada Palma, su jefe, podía suministrar siempre que fueran agradables para la emigración, que parecía exigir que siempre hubiesen victorias sobre las tropas españolas.



21

Recuerdo la impresión que en mi causaron esas figuras cubanas que he mencionado arriba, al venir en contacto personal con ellas, y verles reunidos bajo el techo acogedor de Raimundo Cabrera, y aún hoy, después de tantos años como han pasado, me parece que reviven materializándose cuando evoco la memoria de aquellos días en Irving Place. Se me figura estar contemplando la fisonomía adusta, seria, de Enrique José Varona, el eminente filósofo, gloria de las más positivas que ha producido Cuba, por su saber, por su inteligencia y por su vida ejemplar dedicada exclusivamente al estudio. Nunca le ví sonreír al escuchar los chistes y las anécdotas que referían sus coterraneos en aquella tertulia, en cuyas frivolidades nunca tomaba él parte. La voz de Varona era siempre suave y comedida y usaba las palabras absolutamente necesarias para expresar sus pensamientos, y decía solamente lo que quería y debía decir. Nada de puerilidades, nada de críticas banales o injustas; siempre la seriedad, la verdad por norma y divisa; y por eso siempre se le escuchaba con respeto y consideración, aunque no se compartiera siempre sus opiniones.

Y este juicio, a la ligera, que dejo hecho de Varona, lo repito, en parte, al referirme a Nicolás Heredia, descendiente del ilustre cantor del Niagara. Era Nicolás Heredia un literato, hombre de letras que denotaba su ilustre abolengo y cuando venía a la tertulia casi nunca se sentaba, en su inquietud por aprovechar los momentos que pudiera dedicar a algo útil para la patria. Llegaba a la reunión y parecía un meteoro; saludaba, dirigía la palabra a éste o aquel otro amigo y enseguida se marchaba. Heredia colaboró también en Borinquen.

Manuel Sanguliy, hermano del Gen. Julio Sanguliy, una de las figuras más prominentes de la guerra de los 10 años. Aunque también Manuel lucía el grado de Coronel ganado en esa misma guerra, sus aficiones fueron pacíficas, literarias, y así sin duda es el recuerdo que de él guardan hoy los cubanos. Me parece estarlo viendo, con su bigote rubio ya algo canoso, cuidadosamente retorcido en los extremos. Se me figura estar escuchando su palabra siempre impecable cuando leía algún discurso en una de las solemnidades que celebraba la colonia Cubana en Nueva York, como la que se llevó a efecto en Hardman Hall, cuando la muerte de Antonio Maceo. Sabía Sanguliy, — como nó si era buen literato — que todo lo que un público perdona y pasa por alto por las

incorrecciones de construcción, de sintaxis y prosodia, en un discurso improvisado, así ese mismo público es exigente cuando se trata de un discurso leído.

En la tertulia de Cabrera, Sanguliy, consumado *cause* era el que llevaba la voz cantante en las conversaciones. De lo trivial, de poca importancia, se pasaba a las críticas más duras y severas llegando hasta la pretensión de enmendar la plana al mismo general Máximo Gómez, cuando venía alguna noticia de desgracia cubana con encuentros de tropas españolas.

—“¿Pero cómo se le ocurre a Máximo Gómez dar batalla en ese punto donde las fuerzas españolas eran conocidamente más numerosas que las de los cubanos?”

“Hubiera sido mejor tratar de dar ese combate por el lado oeste y no por el sitio que escogieron los cubanos. ¡Qué torpeza!”

No faltaba algún cubano que apoyase y aprobase esa crítica mal sana. Ese ha sido siempre el defecto de la raza. Había un grupo que bastaba que alguna de las personas, si era de primera línea, dijese que era de noche, cuando en realidad era de día, para apoyarlo y aplaudirlo en seguida. Y recuerdo que en algunas ocasiones en que se acaaloraban las discusiones y parecía más bien como si la pequeña asamblea de emigrados, reunida en casa de Cabrera, concluiría por formular un pliego de cargos, ya contra Máximo Gómez, o ya contra Maceo, y sobre todo contra Estrada Palma— tan duras eran esas críticas y comentarios— en esos momentos tenía que intervenir el dueño de la casa, Raimundo Cabrera, espíritu comedido, conciliador, para aconsejar a sus amigos que no continuasen por esa senda, si no querían caer de nuevo en la equivocada del año 1878, en que la desavenencia de la emigración cubana en Nueva York fué una de las principales causas del desastre de la revolución de los diez años. Me parece estar oyendo la voz de admonición de Cabrera: “Señores, por Dios, seamos prudentes, no sigamos por ese camino, porque con él no ayudaremos en nada a los combatientes y por el contrario lo que haremos es crearles ambiente desfavorable, cuando ellos necesitan todo nuestro amparo, todos nuestros buenos pensamientos, para ayudarles en la lucha emprendida. Recordemos que mientras nosotros estamos aquí en tierra acogedora, bien vestidos y alimentados, nuestros hermanos en la manigua sufren todas las vicisitudes y privaciones inherentes a una guerra de independencia, exponiendo también sus vidas para que podamos



nosotros tener una patria libre en el día de mañana." Era tan querido y tan bien considerado Raimundo Cabrera por sus compañeros y paisanos que en seguida entraban en razón y se acababan las discusiones y se tomaba otro tema cualquiera para pasar el rato, sin seguir mordiendo a los combatientes ni a don Tomás.

Tengo recuerdo de una sesión de la tertulia de Cabrera en la que todos venían tristes y acongojados. Fué la tarde del 7 de diciembre de 1897. La prensa diaria había dado cuenta de la muerte del insigne Antonio Maceo, glorioso general que había servido en la primera guerra y en quien ponían su confianza los cubanos para triunfar en la actual. De la noticia no había duda, ya que la Delegación Cubana había recibido confirmación de ella. Parecía como que una losa de plomo había caído sobre el ánimo de los cubanos y se predecían desastres después de ese grande de la pérdida del gran caudillo. Tuve en medio de la pena, que también sentía por el desastre cubano, la satisfacción de que, cuando se dió la noticia de que para suceder a Maceo el gobierno cubano había nombrado al general maya-güezano Juan Rius Rivera, de oír de labios de Sanguily, que había sido una buena sustitución, "Le conocí en la otra guerra", dijo Sanguily, "y puedo asegurar a ustedes que es un hombre en todos los sentidos. Conoce el arte de la guerra, es prudente, y sobre todo muy valiente, y debemos tener fe y esperanza en que habrá de salir adelante."

Otra sesión memorable de la distinguida tertulia, pero de carácter distinto a la de la tarde de la muerte de Maceo, fué la del 16 de febrero de 1898, el día siguiente al de la voladura del "Maine" en la bahía de la Habana. Desde medio día, cuando se encontraban los cubanos a la hora del almuerzo, se oían las discusiones todas de carácter alegre, y los contertulios de Cabrera se citaban para la reunión de esa tarde, para oír lo que tenían que decir los más avisados, los que se consideraban directores de opinión.

Efectivamente, la opinión general de los cubanos más conspicuos de aquella reunión, y en ella se oyó por primera vez la del comedido y serio Enrique José Varona; diciendo que con la voladura del "Maine", debida tan sólo, y sin duda, a una mina española, era la última batalla dada por las tropas españolas, y la tenían perdida de

antemano, pues el pueblo americano no perdonaría nunca un ultraje semejante. Se hacían planes para estar en la Habana a más tardar para dentro de 30 días. ¡Y pensar que para muchos, tardó casi un año!

Escritos los anteriores recuerdos de hechos ocurridos hace la friolera de cuarenta y cuatro años, me pregunto: ¿quedará, por ventura, fuera de Ramiro Cabrera, algún otro superviviente de aquella soberbia legión de cubanos ilustres que se reunía en la tertulia de Raimundo Cabrera? Es dudoso. Aunque no llevo nota de todos los que han pasado al Oriente Eterno durante estos últimos 44 años, fuera de González Lanuza, García Cisneros y Heredia, y algún otro, que todavía eran jóvenes; los demás, Varona, Sanguily, Carrillo, Eusebio Hernández, Tamayo y otros que ya pasaban de los 40 deben haber desaparecido. Puedo asegurar al que me lea, que el recuerdo que guardo del contacto casi efímero que tuve con aquellos caballeros emigrados en el Nueva York de 1895-1898, y que concurrían a la tertulia de Raimundo Cabrera, sin que luego cuando ocuparon cargos destacados al ser Cuba independiente, renovara yo este conocimiento, con la excepción de Raimundo Cabrera y Gonzalo de Quesada— es uno de los recuerdos más gratos que guardo de toda la larga estancia que pasé en los Estados Unidos.

*El Mundo,
San Juan, P.R.
Sep 24/39*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA